

tos mismos y de nuestras faltas sabe sacar los medios de perfeccionarnos.

N.º 4.—*Los poetas y los historiadores.*

I.

Cuando se ve á d'Holbach acorde con Fenelon, y á Diderot con Voltaire, se puede asegurar que el espiritualismo y el materialismo no tienen influencia alguna sobre las ideas de justicia internacional. En realidad el siglo XVIII no tiene más que una doctrina, una religion, el amor de la humanidad. Este sentimiento inspira á todos los escritores, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan; se le encuentra hasta en los que son enemigos de los filósofos. Prueba segura de que se trata de un espíritu general que arrastra á todo un siglo, lo mismo á los que obedecen á la corriente y la dirigen que á los que resisten y tratan de contenerla.

El siglo literario de Luis XIV tocaba á su fin, cuando apareció *Juan Bautista Rousseau*. Defensor de las antiguas tradiciones, combatió las doctrinas filosóficas y á sus mantenedores; fué enemigo rencoroso de Voltaire. La tendencia de su espíritu le inclinaba, pues, hácia lo pasado. Sin embargo, cuando se lee su oda á *la Fortuna*, parece un discípulo de Voltaire; es una protesta elocuente contra la gloria de los héroes. Ataca, como los filósofos, la preocupacion popular que ensalza á los conquistadores: dejándose guiar por la razon, no se encuentra en esos héroes famosos más que extravagancia, debilidad, injusticia, traiciones, furors, crueldades; ¡extraña virtud, exclama el poeta, que generalmente no es más que un conjunto de todos los vicios! Sus acciones más heroicas no son más que crímenes afortunados.

Entre todas las guerras que habian ensangrentado la Europa, las más culpables, á los ojos de los filósofos, eran las guerras de religion, y por ellas acriminaban al cristianismo. Y los verdaderos cristianos no encontraban más medio de defenderse de estas acusaciones que repudiar la herencia del pasado, incluso las guerras llamadas santas por la Iglesia: «¡Dios de paz, exclama *Racine*

hijo, cuánta sangre ha corrido en tu nombre!» El poeta condena con más energia todavía las guerras que el furor religioso encendió entre los cristianos.

«*Quels barbares docteurs avaient pu nous apprendre,
Qu' en soutenant un dogme, il faut pour le défendre,
Armés du fer, saisis d' un saint emportement,
Dans un cœur obstiné plonger son argument!*» (1).

«*Qué bárbaros doctores habian podido enseñarnos que, para sostener y defender un dogma, es preciso armarse con la espada y con santos trasportes clavar su argumento en los corazones obstinados!*»

Hemos hecho notar las contradicciones de los filósofos. Hé aquí una inconsecuencia cristiana de tanto bulto como las otras. *Racine* era jansenista, y sabido es que los jansenistas se derivaban de S. Agustin, cuya severa doctrina sobre la gracia profesaban. Pues bien, este mismo S. Agustin es el *doctor bárbaro* reprobado por el poeta; él ha formado el dogma de la intolerancia, ¡y sus más celosos prosélitos lo rechazan! El poder contenido en las ideas dominantes de un siglo es más fuerte que las creencias de lo pasado. Aun los que ven su ideal en el cristianismo tradicional, lo abandonan insensiblemente, sin pensar en ello, arrastrados por el movimiento irresistible de los tiempos.

He aquí un enemigo decidido de los filósofos. Y sin embargo, *Lefranc de Pompignan* clama contra la guerra con toda la indignacion de un enciclopedista; la llama un juego bárbaro de los reyes, el castigo y el azote de la tierra. No hay más sino que sus pensamientos toman un color religioso más bien que humanitario. El poeta cristiano ve principalmente el desbordamiento de las malas pasiones; dice que el infierno y la muerte reinan en los lugares donde se combate. Aun cuando los reyes crean tener un justo motivo de guerra, deben temblar ántes de emprenderla! (2).

Hubo tambien en el siglo XVIII otro poeta á quien no consiguió cautivar el espíritu filosófico. *Gilbert* hace una guerra declarada

(1) RACINE, *De la religion*, c. 6.

(2) LEFRANC, *Discursos, de los reyes y de los súbditos*.

á la humanidad, predicada por los poetas filósofos hasta en el teatro:

*De l'humanité maudits missionnaires
Pour leurs tristes lecteurs ses précheurs n'en ont guère.*

Misioneros malditos de la humanidad, tienen muy poca para sus tristes lectores.

¿Quién creeria, despues de esto, que el poeta se deje tambien invadir por aquella *maldita humanidad*? En el *Elogio de Leopoldo* exclama: «No nos elogieis ya, oradores sanguinarios, esos *asesinos coronados*, que, por aumentar á su reino un pedazo de tierra, una aldea, sacrifican millares de hombres.» Voltaire no habia llegado tan léjos. Llamar á los reyes *asesinos coronados*, ¿no era provocar la revolucion? Hé aquí cómo hasta los enemigos de las nuevas ideas preparaban su advenimiento.

II.

Parece que los sabios están más á cubierto que los poetas del contagio que se propaga como un enemigo invisible en los campos más opuestos. ¿No viven en lo pasado mucho más que en lo presente? Pero por más que quieran secuestrar los sentimientos, las ideas del siglo están en el aire, se las respira sin más que vivir; para defenderse del contagio, no habria más que un medio, el de morir para el mundo como los anacoretas del desierto. Aquel tiempo habia pasado ya. Así es que los escritores más solitarios no eluden la influencia del espíritu filosófico. El bueno de *Rollin* pasó su vida en su colegio, con los Romanos y con los Griegos y con los escritores sagrados. Esto no impide que los juicios que emite en su historia sean dictados por el espíritu, y aún pudiéramos decir por las preocupaciones filosóficas del último siglo. En su prefacio recuerda que el Espíritu Santo, por el órgano de los profetas, representa á los conquistadores bajo el símbolo de monstruos nacidos de la agitacion de la mar, y bajo la imágen de fieras crueles que se alimentan de la matanza y la carniceria. «¡Qué cuadro! exclama el historiador, qué pintura! y sin embargo, en estos modelos funestos se buscan frecuentemente los modelos de la educacion que se da á los hijos de los grandes; se

proponen hacerlos asemejarse á esos asoladores de provincias, á esos azotes del género humano. Excitando en ellos sentimientos de desmesurada ambicion y deseo de vanagloria, se forman, segun la expresion de la Escritura, jóvenes leones, acostumbrados y enseñados desde pequeños á devorar á los hombres. Y, cuando con edad el cachorro se convierte en leon, Dios nos dice que el ruido de sus hazañas y la fama de sus victorias no es más que un espantoso rugido que lleva por todas partes el espanto y la desolacion.

Hé aquí las ideas en que fueron educados los hombres de la revolucion. ¿Podrá extrañarnos que un dia, cansados de servir de alimento á los *leones* y á sus *cachorros*, tomáran la resolucion de desembarazarse de tales señores? El ódio á los conquistadores respira en todos los escritos de *Rollin*. «Llevar siempre sus deseos más allá de su fortuna presente, querer ir siempre hácia adelante, no poner límites á su ambicion, tal es la pasion de los que se llaman conquistadores, y que con más razon podrian llamarse, segun la Sagrada Escritura, *bandidos de las naciones*.» Por más que el escritor frances toma sus citas de la Biblia, lo que expresa son las ideas de Voltaire en el lenguaje de los profetas. *Rollin* no encuentra entre la multitud de héroes celebrados por la historia más que un príncipe á su gusto, que es *Ciro*. Toma en serio aquel personaje, tal como lo representa Jenofonte en su novela histórica, el *Telémaco* de la Grecia. De suerte que el tipo de rey que el historiador frances nos presenta es un héroe imaginario: «Si sus conquistas, dice, no estuvieran fundadas más que en la ambicion, la injusticia, la violencia, *Ciro*, léjos de merecer las alabanzas que se le tributan, deberia ser clasificado entre esos bandidos famosos del universo, esos enemigos públicos del género humano, que no conocen más derecho que la fuerza, que cifran su gloria en destruirlo todo, como los torrentes y los incendios, y que reinan como reinarian los osos y los leones. Hé aquí lo que son en realidad la mayor parte de esos pretendidos héroes que el siglo admira.»

Voltaire no ha dicho nada más fuerte. *Rollin* no es seguramente un filósofo, pero está dominado, sin saberlo, por el espíritu filosófico. Esta influencia es inevitable; por esto es universal. A los nombres que hemos citado podriamos añadir otros muchos, Hel-

vecio y Marmontel, Raynal y Florian, Goguet y Bernardino de Saint-Pierre. Nos detenemos porque hay tal uniformidad de pensamientos acerca de la guerra y de los conquistadores en todos los escritores del siglo XVIII, que sería de una fatigosa monotonía el reproducir sus invectivas incesantemente repetidas contra esos azotes del género humano. Preferimos consignar un hecho más notable todavía que esta unanimidad de la literatura francesa. Generalmente se echa la culpa á la Francia del espíritu filosófico del último siglo; y lo que á los ojos de unos es una mancha, es para otros una apoteosis. En realidad los mismos sentimientos, las mismas ideas, reinaban en todas partes, en la Europa entera, sin que pueda decirse de dónde viene la iniciativa. ¿No es ésta una de las señales más graves de los tiempos? Si el espíritu del siglo XVIII no fuese más que un mal local, como dicen los hombres del pasado, podrían esperar que su influencia desaparezca bajo la acción universal de la humanidad. Pero cuando encontramos en todas partes las mismas aspiraciones, y, por decirlo así, el mismo culto, se hace preciso confesar que no se trata de una enfermedad, sino de un movimiento general que arrastra á los pueblos modernos y que inaugura una era nueva de la civilización.

N.º 5.—*Literatura extranjera.*

I.

La guerra que los filósofos franceses hacen á los conquistadores es notable, porque la nación á que pertenecen es una raza militar por excelencia. Los escritores ingleses no tenían que combatir una preocupación nacional. Desde que la Inglaterra ha tomado en serio su libertad, ha tenido cuidado de poner á sus reyes en la imposibilidad de hacer conquistas; gracias á estas recelosas precauciones, las instituciones libres han arraigado allí tan profundamente que pueden desafiar á todas las tempestades. Pacífica porque es libre, la nación inglesa está también interesada en impedir las conquistas sobre el continente, porque una potencia preponderante comprometería su comercio á la vez que su libertad. El con-

junto de estas causas explica los sentimientos que inspiran á la literatura inglesa. Mientras los Franceses quemaban incienso ante su gran rey, los poetas ingleses condenaban su orgullo y su ambición; le acriminan por la sangre que derrama á torrentes, por las ruinas que amontona. Addison establece un paralelo entre este héroe destructor y el príncipe á quien la Inglaterra debe su libertad. También Guillermo ocupó en las armas su corta carrera, pero fué para defender á su patria y á la Europa. Combate en nombre del protestantismo amenazado, en nombre del derecho oprimido; no gimen los pueblos por sus victorias, porque éstas aseguran su independencia (1). Guillermo de Orange fué más veces vencido que vencedor; pero la causa en cuyo favor luchaba es de aquellas que no se pierden jamás aún cuando sucumban sus defensores. Addison termina cantando el triunfo de los ejércitos ingleses; lo hace como hombre libre; no insulta á los vencidos, no ensalza á los vencedores; celebra la fortuna de la Inglaterra, porque es la victoria de la libertad. Para él, vivir es ser libre, y la servidumbre es la peor de las muertes (2).

Sería una ilusión considerar á los Ingleses como campeones desinteresados de la libertad; poseen en el más alto grado la virtud del patriotismo, la cual tiene su reverso. Afortunadamente el egoísmo de la Inglaterra se concilia con el interés general. Fundan su poder en la industria y el comercio. Estas son las verdaderas fuentes de la grandeza de los pueblos, dice el *Spectateur*. La guerra y las conquistas son buenas para los bárbaros; consideradas como elemento de poder, son un cálculo estúpido. Y el escritor inglés entra á calcular lo que han valido á Luis XIV sus conquistas. En 1711 no debían salirle muy bien las cuentas al gran rey, cuyos ministros se veían precisados á hacer antesala para ser recibidos por los tenderos holandeses. El *Spectateur* toma, pues, el reinado de Luis XIV en la época de sus triunfos; calcula, como un banquero, lo que ha perdido y lo que ha ganado con sus victorias, y llega á la consecuencia de que el vencedor de Europa iba perdiendo á medida que creía ganar ensanchando sus

(1) ADDISON, *To the king*. (*Miscellaneous works*, t. I, p. 10 y 12.)

(2) IDEM, *The campaign* (*ibid.*, t. I, p. 78); *Cato.*, t. II, p. 57.